

Review / Reseña

Sánchez Prado, Ignacio. *Intermitencias alfonsinas: estudios y otros textos (2004-2018)*. Torreón: UANL, Universidad Iberoamericana Torreón, 2019.

Pedro Ángel Palou

Tufts University

La ya prolífica labor académica de Ignacio Sánchez Prado abarca lo mismo la materialidad de las prácticas culturales, la literatura mundial y sus contradicciones, la construcción de la nacionalidad intelectual a través de lo literario, los engaños del canon, la sociología de la literatura, entre otros. Hay una figura, sin embargo, a la que regresa una y otra vez, la del también polígrafo regiomontano Alfonso Reyes. Es un privilegio, por ello, que se haya editado este volumen que recoge textos dispersos e inéditos que, aunque el autor califique de “intermitentes”, muestran un rigor nada desdeñable y un profundo conocimiento de la obra del autor de *El deslinde*.

La cronología ayuda, además, a seguir la trayectoria crítica de Sánchez Prado en torno a las preocupaciones alfonsinas. El libro abre con una reflexión señera sobre *El deslinde*, la obra teórica de Reyes, visto “después de los estudios culturales”. Teorizar desde la periferia le permite al regiomontano según Sánchez, vencer la ansiedad de llegar tarde al banquete de la civilización, pero, sobre todo, la “necesidad de pensarnos fuera de los determinismos geográficos”. Ese estudio inicial de Sánchez Prado anclado en la idea de “experiencia literaria” reyista cierra con una pregunta implícita que el segundo capítulo del libro ayuda a explorar: el anclaje sociohistórico de lo literario y la preocupación americanista de Reyes (que Sánchez Prado abordará

también en otros momentos del libro, como “Diseñando América, Alfonso Reyes, Brasil y el reto del continente”). “Alfonso Reyes y el ‘duelo de la historia,’” como se titula el segundo capítulo, relea la pequeña obra maestra de Reyes, “La sonrisa,” a la luz de la fenomenología de Hegel y el reto del pensamiento americano sobre el tema del amo y el esclavo. Sánchez Prado es claro: Reyes se “apropia” del archivo filosófico y lo reutiliza para pensar(nos) de manera distinta. Lo mismo Spinoza que Bergson le sirven a Reyes para articular una ontología propia que le permitirá después escribir *Visión de Anáhuac* o *Última Thule*.

La mayoría de los ensayos del libro busca indagar en las operaciones retóricas y filológicas de Reyes. Destaco en este sentido el titulado “El archivo Alfonsino. Reyes, la bibliofilia y la materialidad literaria de la *polis*,” ya que ahonda en la lectura de un estado ético que Reyes intentó construir desde su trinchera, a través de la materialidad de las instituciones (la Casa de España, luego Colegio de México, su propia Capilla Alfonsina y las revistas que editó y dirigió a lo largo de su vida) y de las formas de fijar la memoria literaria, como la biblioteca. No es gratuito que a este ensayo lo siga, en el libro, la reflexión de Sánchez Prado sobre la forma en la obra de Reyes, en particular la preminencia del ensayo a la Montaigne, pero también a la Gilbert Keith Chesterton, autor inglés al que el regiomontano tanto le debe.

Ya desde el prólogo Sánchez Prado nos aclaraba la empresa: leer a Reyes más allá (o acá) de los fáciles binarismos, cosmopolita/nacionalista, conservador/revolucionario ya que la obra del regiomontano permite “y anima” esa contradicción y debate, lo que la mantiene vigente. Es más, afirma que: “Otra motivación común a los ensayos compilados aquí es el deseo de presentar a Reyes como un escritor vivo e intenso y como un pensador que preconizó diversas preocupaciones contemporáneas”. Sánchez Prado logra con creces ese objetivo en su libro.

Me interesa destacar, por ello la sección a mi juicio más importante del volumen, compuesta de dos capítulos que no tienen pierde. Sánchez Prado, en la segunda parte de su recopilación, titulada “Estudios sobre Reyes en el contexto Latinoamericanista, nos presenta. De la utopía a la migración: cuatro momentos del latinoamericanismo en México” y “Poscolonialismo *avant la letre*. El pensamiento mexicano y la crítica de la razón colonial.” En ambos trabajos el autor lee a Reyes en el contexto político y cultural en el que su obra tiene lugar. Dicha localización es fundamental para entender a don Alfonso, pero también para anclar la reflexión en su ensamblaje original, si se me permite el término. El retomar como epígrafe la

inteligente reflexión de Reyes en “La sonrisa” a la que ya aludíamos: “Mientras no se duda del amo no sucede nada. Cuando el esclavo ha sonreído comienza el duelo de la historia”, le permite a Sánchez Prado pensar el pensamiento latinoamericanista de Reyes como vocación y acción política. Pero también le permite la genealogía, que va de Bolívar a Retamar y de Leopoldo Zea a Monsiváis. Para Reyes, escribe Sánchez Prado, “un pensamiento que rompa verdaderamente con las relaciones de colonialidad se debe fundar en una intervención cultural directa, sin mediaciones, en la cultura occidental.” Para sustentar este argumento el autor relee las “Notas sobre la inteligencia americana” y vuelve a poner el dedo en la llaga: la pulsión o el ansia reyista por la ciudadanía occidental. No aceptar, pues, la marginalidad impuesta por el colonialismo sino el “carácter radical” conferido por la modernidad europea a su pesar. Misión política de la emancipación intelectual a la que Reyes tanto contribuyó en variadas trincheras, incluso la diplomática. Sánchez Prado ve incluso en la obra del filósofo mexicano Leopoldo Zea una continuación del pensamiento de Reyes en su hermenéutica histórica.

Reyes sirve también a nuestro autor como espejo—imagen inversa—de Octavio Paz. Allí, donde es el pensamiento utópico, y la mirada al futuro, el hilo conductor del pensamiento de Reyes, el del poeta de *Piedra de sol*, en cambio, está anclado en un presentismo histórico. Donde Reyes es histórico, Paz suspende el duelo de la historia por nociones esencialistas como democracia o sociedad abierta que le vienen de sus lecturas de Karl Popper e Isaiah Berlin. Sánchez Prado lee el brillante libro de Aguilar Mora, *La divina pareja, historia y mito en Octavio Paz* a contrapelo para llegar a esta conclusión y contraste entre ambos pensadores. Cierra este ensayo su lectura de Monsiváis como “clausura” del pensamiento latinoamericano en México. Sánchez Prado no teme la controversia, pero es un hábil argumentador, lo que permite el debate. En mi caso no leo a Monsiváis como clausura, sino como disipación y dispersión de lo latinoamericano a través del pop—lo mismo el cine, que el *Pulp Fiction* o Juan Gabriel le sirven para llegar a una lectura de la mercantilización de lo latinoamericano, no su clausura. Sin embargo, es precisamente por la interpretación de Sánchez Prado que podemos discutir este aspecto de la obra de Monsiváis. De cualquier manera, es claro que con el autor de *Días de guardar*, sí que se cierra una forma de ejercer el ensayismo no solo en México sino en América Latina.

El segundo ensayo del apartado se las ve con esa difícil tarea de estudiar las “tradiciones y genealogías” del pensamiento mexicano a la luz del poscolonialismo. La tarea se complica, a decir de Sánchez Prado por la rígida institucionalización de la

crítica literaria y cultural en México y las tendencias filológicas, monográficas y “marxistas”. Es innegable que hoy, 2019, circulan mucho más esas ideas y pensamientos a contrapelo marcados por la lectura de Said, Bhabha o Spivak en México que incluso hace casi siete años cuando se publicó el ensayo, pero los argumentos siguen siendo válidos. Es necesario romper esa resistencia institucional. Colocar a Reyes en esa genealogía que tiene a Edmundo O’Gorman y su *La invención de América* de 1958 como uno de sus pilares es esencial y Sánchez Prado realiza esa operación con tino. Lo mismo pasa con el libro de Luis Villoro del mismo año, *Los grandes momentos del indigenismo en México*. Leer entonces el ensayo “Presagio de América” como precursor de ese pensamiento poscolonial *avant la lettre* le permite a Sánchez Prado conectar a Reyes con la obra de Mignolo y la episteme colonizadora del mapa. Más allá, incluso, al lograr Reyes cuestionar la *patética* resolución de la historia en mitología, tendrá un eco en la idea de Mignolo de deslegitimar la episteme única europea.

Me he detenido en estos dos artículos por su importancia, pero no desdeño la tercera parte del libro, la más miscelánea, en la que el autor recopila conferencias y prólogos. Sánchez Prado vuelve a *El suicida*, a *El deslinde*, pero también lee aquí con cuidado y admiración las *Cuestiones estéticas* de don Alfonso e incluso sus juguetones textos de *Grata compañía*. Es un acierto recopilar estos textos “menores” en tamaño, pero que le permiten también a su autor cierta soltura que los largos ensayos académicos por su propia naturaleza no contemplan. Leer las nuevas teorías “trasatlánticas” a la luz de Reyes o a Amado Nervo y el modernismo como problema, no son tareas menores. De hecho, el ensayo que cierra el libro es un fragmento de un trabajo mayor, que esperamos con gusto, sobre Reyes y la imaginación decimonónica.

Mientras tanto tenemos ya en estas *Intermitencias* una serie de trabajos que alcanzan la madurez y muestran que la obra de Alfonso Reyes está más vigente incluso que cuando se empezaron a publicar sus obras completas. Debatir sin reservas sus postulados solo puede hacerse con el esmero y la erudición de críticos como Ignacio Sánchez Prado